

miserables y abyectos; concedednos que, á imitacion vuestra, seamos, en el jardin de la Iglesia, misticas Violetas ocultas, recatadas y humildísimas.

DIA NOVENO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD ÚTIL.

Qui se humiliaverit, exaltabitur.
Quien se humillare será ensalzado.
(MATTH. XXIII, 12).

Disimulad os ruego, mis amados hermanos, que otra vez me ocupe de la Violeta; no puedo ménos de dirigir otra mirada á aquella preciosa flor, que ayer suministró tan abundante materia para mi discurso. Siempre humilde y recatada, dicha Violeta nunca descuella entre las flores que la rodean; ella ama vivir en la sombra, en la oscuridad, bajo algun abrigo; á la sombra de algun árbol, en la espesura de los bosques, defendida por sus hojas. Jamás os deja ver espontáneamente su rostro, sinó que es preciso buscarla; ella no os ofrece colores brillantes, sinó sérios y oscuros; su tallo nada tiene de majestuoso, sinó que es sencillo y suavemente inclinado hácia el suelo. Y sin embargo, ¿en qué consiste ¡ah! que todas las miradas la buscan, todas las manos la cojen, y todos los corazones la codician? ¿Cómo se concibe, que la vea tan cultivada con tanto esmero, defendida con tanto celo y siempre custodiada con tanto cariño? ¿Por qué la veo, ó sola en alguna linda maceta, ó reposando entre las demás flores como para su ornato y su decoro, cautivando toda mirada, todo entendimiento y todo corazon? ¡Ah! mis amados hermanos; sus preciosas hojas, sus matices majestuosos, sus formas peregrinas,

y su suave fragancia, no pueden ménos de recomendarse á toda mirada, y alcanzar los homenajes del mundo entero. Y ese es el triunfo de su anonadamiento, y esa la gloria de su humillacion.

Efectivamente; para vivir en el más profundo olvido, llega hasta el extremo de abandonar el terreno cultivado, y allí, abre su cáliz en medio de la más triste soledad de elevados montes y de los más desiertos bosques. ¿Quién fuera capaz de explicarnos la gloria de que en el desierto se cubre y se adorna? Entónces crece sobre su tallo con mayor majestad; entónces sus hojas ostentan nueva belleza y lozanía, y sus colores, siendo más variados, ofrecen un conjunto el más maravilloso y sublime. Vosotros podeis verla en aquel monte cómo os presenta, ora un triste azul el más vivo, ora un matiz de púrpura el más rico; aquí, un azul celeste que os encanta; allá, un vivo amarillo que os enamora; acullá, un azul turquí, pero bellissimo; más léjos, un color blanco que deslumbra. Y del mismo modo que en la inaccesible cima del monte, así tambien en medio del desierto valle se ostenta siempre á vuestra mirada con tres colores variados, dividida en cinco pétalos del modo más admirable, dos de los cuales os deleitan por el color azul celeste que los distingue, y los otros tres por su mezcla de blanco y amarillo, que vá disminuyendo con suavidad. Finalmente; ¿no es cierto, que en lo oculto de aquella fragosidad, vosotros no podeis contener el impulso espontáneo de vuestra mano, y que no contentos con una sola de dichas flores, quisierais cojerlas todas, para recrearos en sus perfumes, admirar sus formas, contemplar sus colores, y para que ellas formen las más suaves delicias de vuestros sentidos? Y entónces ya no os es dado sofocar el grito, con el cual la ensalzais con preferencia á otra flor cualquiera; y casi sin advertirlo vosotros mismos, cantais sus glorias, sus méritos y sus grandezas; entónces la saludais como Reina de los campos, y quisierais que todo corazon se uniera al vuestro para que el triunfo de esa flor fuera más bello, más glorioso y más universal.

¡Oh celeste y espiritual Violeta! á Ti, á Ti, solamente, he bosquejado yo ahora con mis rudos acentos; á Ti, solamente, ha contemplado mi imaginacion en esa humilde flor. ¡Oh! bien puedes Tú gloriarte de tus inmensas riquezas; la humildad misma de tu corazon te está ensalzando. Tú fuiste una humilde Violeta, y no Violeta de los campos simplemente, sinó aquella Violeta que ama ocultarse en las inaccesibles cumbres de los montes, en la oscuridad de los más frondosos bosques; y esa misma circunstancia hizo resaltar con mayor viveza tu colorido; y por eso, los encomios que alcanzaste de la tierra fueron más gloriosos, y tus triunfos en el cielo más solemnes.

Amados hermanos, ¿aspirais vosotros, igualmente, á unos triunfos semejantes, á parecidos encomios, á igual esplendor? Sed, pues, humildes. La humildad es el único fundamento de la verdadera grandeza. Sed humildes, y yo os doy la seguridad de ello: vuestros serán igualmente sus honores, vuestra la gracia y vuestra la gloria. A. M.

El hombre, hermanos míos, fué criado por Dios para reinar. Nació para los honores, las riquezas y los privilegios. En su majestuosa frente, donde un día brillara la luz del mismo Dios, brillaba al mismo tiempo una diadema real. Siendo él entónces árbitro del universo, dueño de sí mismo, no conocía sujecion alguna, aparte de la que debía á su Dios. Todos los seres de la creacion le servían, y él imponía leyes á todos ellos. Mas ¡ay! pareciéndole harto pesado el yugo tan ligero que Dios le impuso, lo sacudió, proclamándose conocedor del bien y del mal. ¡Desgraciado! en aquel instante mismo que él fijara para sus triunfos, precipitóse en el más profundo de los abismos, y atrayendo sobre su frente las maldiciones divinas, sus soñados honores convirtiéronse en vituperio é infamia. Y una vez perdida ya toda gracia, todo privilegio, todo honor, todo imperio, toda preponderancia y todo valimiento, le hubierais visto revolcarse sobre el fétido estiércol, convertido en el ser más abyecto y miserable.

Tan tremenda caída no bastó, sin embargo, para destruir en su corazón el deseo de elevados honores y la ambicion de la perdida grandeza. Mas luego, al ver que eran vanos todos sus esfuerzos para recuperarla ¡nécio! creyó poder hallarla, ya oprimiendo á sus semejantes, ya con la celebridad de sus hechos; ora con el poder de su brazo, ora, finalmente, con el engaño, con la impiedad y con el crimen. Entónces fué cuando aparentando grandeza en su porte, altivez en su mirada, é imperio en sus palabras, miró con desdén á sus semejantes, oprimiéndoles cuando súbditos, procurando derribarlos cuando émulos, y calumniarlos cuando los consideró cual superiores. Y no soñando ya más que gloria, no ambicionando más que gloria, no buscando su reposo más que en la gloria, juzgó lícito, para alcanzarla, el apelar á todo artificio, á todo medio y á toda medida.

¡Desdichado! una y mil veces desdichado! Caído de aquel estado primitivo, no vacilo en decirlo, hermanos míos, el hombre que se equivocó respecto de la nocion de la verdadera gloria, incurrió en otra equivocacion respecto de los medios que debía emplear para

reemplazarla. De suerte, que, en mi opinion, aún cuando el hombre anduviera en pos de honores, de grandezas y de glorias, no podría conseguir tal propósito por otro sendero que por el de la humillacion y la sumision. Para probar esta verdad, sólo apelaré, mis amados oyentes, á la voz de vuestra propia conciencia.

Decidme, sinó, ¿qué efecto, qué indignacion no excita en vuestra alma la vista de un hombre orgulloso, que hace alarde de afectada grandeza, que desprecia al desgraciado, y desdeña al mendigo? La vista de aquel que, creyendo compendiada en sí propio toda gloria, afecta una arrogancia, que sentaría mal aún en el monarca más poderoso de la tierra? ¿No es cierto que entónces vuestros sentimientos condenan tal impiedad, vuestro lábio protesta con palabras las más enérgicas contra tan monstruosa presuncion, y vuestra mano quisiera castigar, si posible fuera, una tal osadía?

Mas si se trata de un caso contrario, ¿no es, acaso, vuestra lengua misma la que no se cansa de difundir las glorias, de anunciar las grandezas y de ensalzar los merecimientos de aquel que oculta, encubre y conserva sus privilegiadas dotes bajo el manto de la humildad? ¿No es vuestra alma la que entónces se deleita á la vista de una virtud tan excelsa, y la aprueba, la enaltece, la honra y la venera? ¿No sois vosotros mismos los que contribuís, con todos los medios de que podeis disponer, á la exaltacion de vuestro héroe, hasta el punto de desear, si estuviera ello en vuestra mano, que llegara á ser el ídolo del mundo entero?

¡Ah, mis amados hermanos, harto cierta es tal verdad. Bien puede acontecer que el orgullo llegue á alcanzar una gloria efímera, acompañada del odio comun y de la universal execracion; empero, la verdadera gloria, aquella gloria que recibe los homenajes del mundo entero, aquella gloria cuyos lauros todos desean multiplicar, aquella gloria, por último, la única que es honrada y respetada por todos, no se alcanza más que por medio de la verdadera humildad. Por ese camino mismo la consiguió la reina Ester, cuando por vez primera vióla su futuro esposo Asuero; por ese mismo camino la obtuvo David, llamado desde la humilde profesion de pastor al trono de Israel; por ese camino la obtuvieron los Apóstoles, cuando fueron escojidos por Dios para la dignidad del Apostolado; no de otra manera, finalmente, la alcanzó nuestra santísima Madre; y ¡ah! cuán grande, cuán sublime y cuán excelsa!

Contempladla, mis amados oyentes. Ella es mística Violeta, que tanto agradó al Altísimo, que llegó á ser la Madre, la Esposa y la Hija de Dios. Ella es la Reina del cielo, la Emperatriz de la tierra,

el terror del infierno. Hállase revestida de tales privilegios, que no hay en la tierra quien pueda compararse con ella. Tan grande es su poder, que el alto cedro del Libano es una nonada en comparacion suya: su riqueza es tan inmensa, que todas las aguas de los mares no bastan para figurarla ni medirla adecuadamente. Su sabiduría es tan sublime, que eclipsa completamente la que adornó al más sábio de nuestros reyes, Salomon. ¿Pedís candor? La misma Azucena dista mucho de ser figura del suyo. ¿Buscais amor? La Rosa solamente puede suministraros una pálida idea del de María. ¿Quereis encantos? Su dorado capullo apénas os da un bosquejo de los suyos. La Margarita se afana para manifestarnos su inocencia; la Angélica, su inspiracion; y la Verbena, la ternura de su corazon.

Mas entre todas esas flores, la Violeta es la que ocupa, indudablemente, el primer lugar; la Violeta es la que con más propiedad la ensalza, la que mide la indecible grandeza de sus infinitos honores. No soy yo quien lo dice, mis amados hermanos; la Virgen misma nos lo atestigua, cuando llena del espíritu de Dios, nos dice en su profético cantico, que el Omnipotente ha obrado grandes cosas á su favor, precisamente en consideracion á la humildad de su esclava: *Fecit mihi magna quia respexit humilitatem ancillæ suæ*. Y por eso, Ella prosigue diciéndonos: Me llamarán bienaventurada todas las generaciones: *Beatam me dicent omnes generationes*. Mostrémonos, pues, nosotros unánimes, igualmente, en llamarla bienaventurada. Bienaventurada por los honores á los cuales la elevó el Altísimo; pero, más bienaventurada todavía por la humildad que la hizo digna de semejantes honores. *Fecit tibi magna quia respexit humilitatem*.

Sin embargo, mis amados hermanos, bien que esa gloria, que tanto enaltece al hombre sobre este suelo, no se halle nunca asociada con el loco orgullo, no siempre favorece á la verdadera humildad. Con frecuencia, nuestro sapientísimo Dios, justo siempre en sus divinos secretos, permite y dispone, que el humilde viva en la oscuridad y en el desprecio, y sea el objeto, no solamente de las mofas de los impíos, sino aún que su conducta sea desaprobada por los mismos justos. Sin embargo, ni aún en este caso, el humilde carece de gloria y de grandeza. Existe otra fuente, mis amados hermanos, de la cual deriva la gloria del humilde, gloria que es suya exclusivamente, y no puede jamás separarse de él, ni compartirla con otro; gloria que, al paso que le deja tal vez en el abandono y el desprecio ante séres mortales, le ensalza, le eleva y le engrandece á la faz de los espíritus celestiales; gloria que tal vez no le merece el respeto de los hombres, pero que le conquista la veneracion y el respeto de los Angeles. Tal es, mis

amados oyentes, la gloria que el humilde recaba de la posesion de la gracia.

Si; la gracia de la cual el humilde goza, es aquella que le ensalza, aquella que le llena de gloria, aquella que le colma de honores. Es la gracia la que le hace hijo adoptivo de Dios; la que le eleva hasta la amistad del Esposo celestial; la que le hace objeto de las divinas complacencias. Por esa gracia, el humilde pasa á ser amigo de los Angeles, compañero de los Santos, digno de las bendiciones de Dios: por ella su bella alma resplandece como el sol, se reviste de zafir y de púrpura, se llena de honores y de gloria; por ella es el terror del infierno, el espanto de los demonios, el abismo entero tiembla en su presencia. La gracia le enaltece sobre su propia naturaleza, y por decirlo así, hace de él no sé qué de celestial, que, en cierto modo, diviniza. Y entónces adquiere el brillo de la aurora, la belleza de la luna, el candor de la Azucena, el carmin de la Rosa, la frondosidad del cedro, la abundancia del olivo, la amena variedad de los jardines. La gracia, en una palabra, le convierte en un santo.

Y esa gloria, mis amados hermanos, no tiene superior ni igual, y tan sólo se concede al humilde. Dios lo dice explícitamente en la Escritura, asegurándonos por boca del Apóstol, que humilla á los orgullosos y dá su gracia á los humildes: *Deus superbis resistit humilibus autem dat gratiam*. De ahí, que el real Salmista diera gracias al Señor por haberle humillado: *Bonum mihi quia humiliasti me* (Ps. cxviii, 74). Y con sobrada razon se las daba, porque, precisamente, por medio de la humillacion habia recuperado la gracia de su Dios; á la manera de aquel Publicano, que sólo por medio de la humildad alcanzó su justificacion. La humildad, es, pues, una verdadera fuente de gloria, no sólo por los honores que se le tributan, sino por la gracia que se le concede.

Vedlo, sinó en María, hermanos míos. Acordaos de aquel espiritual Junquillo, bajo cuyo simbolo hemos contemplado ya á esa Madre gloriosísima. ¿Qué abundancia de espiritual licor no ofreció Élla á vuestros ojos, mis amados oyentes? ¡Ah! con tal profusion derramó Dios sobre Élla ese licor, que fué digna de oír la salutacion que la proclamaba llena de gracia: *Ave gratia plena* (Luc. I, 28); y no solo llena, sinó exuberante de ella, hasta el punto de ser elejida por esposa del Dispensador mismo de la gracia, en aquel mismo momento en que era Ella saludada llena y colmada de gracia.

De ahí que el Esposo celestial, prendado de sus dotes, no cesa de mirarla y de ensalzarla; y celebra la majestad de su frente, parecida á una torre de marfil; la modestia de su mirada, que compara á la

inocente paloma; y el color de sus labios, semejantes á una cinta de escarlata; y sus mejillas, parecidas á un cacho de granada; pregona la majestad de su cuello, el cual, nos dice, que dice estar adornado con preciosos collares; admira la gravedad de su andar; la riqueza de sus ropajes, y la inocencia de su palabra; y la llama paloma, la denomina perfecta, y le dá el título de Reina: *Veni columba mea, perfecta mea, veni coronaberis* (CANT. IV, 8).

Y sin embargo, hermanos míos, toda esa plenitud de gracia que eleva á María hasta un grado tan eminente, la colma de merecimientos y la reviste de honores, no es más que el fruto de la más profunda humildad. Ella era mística Violeta en el jardín de la Iglesia, y por eso Dios derramó sobre su frente un mar infinito de gracias. *Fecit mihi magna... quia respexit humilitatem ancillae suae.*

Empero, no acaba aquí todavía, amados oyentes, la grandeza de la verdadera humildad. Hay otros honores que sólo á ella están concedidos; hay otras prendas que la adornan; otras glorias que la coronan; glorias, merecimientos y honores duraderos, inquebrantables, verdaderos y eternos; glorias, merecimientos y honores, que no sólo encierran en sí todos los demás, sino que los superan; las únicas glorias, merecimientos y honores que pueden hacer su alma verdaderamente dichosa, que la constituyen reina por toda la eternidad, y la hacen una misma cosa con Dios. Ya me habeis sin duda entendido vosotros, hermanos míos; yo me refiero ahora, á las glorias, á las grandezas del Paraíso, de las cuales sólo el humilde podrá gozar eternamente, y en tanta mayor abundancia, cuanto más profunda haya sido su humildad. ¿Y cómo pudiera dejar de ser así? Como vosotros no ignorais, para alcanzar el Paraíso, es menester perseverar en el bien, es preciso permanecer constantes en la virtud hasta el término de nuestros días; pues, como dice el Señor, no será salvo el que principia, sino el que persevera: *Qui perseveraverit usque in finem hic salvus erit* (MATTH. XXIV, 13).

Pero, esa perseverancia y esa constancia en el bien, ¿pueden, acaso, alcanzarse con facilidad y con tal certeza, que podamos nosotros quedar contentos y seguros? ¡Ah! no nos engañemos sobre este punto, mis amados hermanos. Dependiendo absolutamente en todas las cosas de la voluntad del Altísimo, nosotros no podemos obtener la perseverancia sino por medio de prolongadas y fervorosas oraciones; sólo podemos conseguirlo á título de don, y de un don enteramente gratuito. Pues bien; aquel Dios sapientísimo, que nos impuso el precepto de imitarle en sus propias humillaciones, ¿pudiera jamás conceder tal don á los orgullosos y engreídos? Aquel Dios que arrojó del cielo

á los Ángeles rebeldes á causa de su vano orgullo, ¿pudiera abrir al hombre orgulloso un sendero que le condujera á aquella patria bienaventurada? ¿Cómo soñar siquiera tal absurdo? ¡Ah! mis amados hermanos; el Paraíso está abierto para todos; pero sólo lo alcanza el humilde; sólo éste será ensalzado en aquel reino: *Qui se humiliat exaltabitur* (Luc. XIV, 11). Exaltacion misteriosa, que semejante, como dice San Agustín, á un edificio, podrá elevarse tanto más, cuanto más profundos hayan sido los fundamentos de la humildad.

¿Deseais una prueba de ello? Dirigid vuestra mirada á María. ¡Dios mío! ¿Quién podrá imaginar, ni por asomo, la gloria de que fué revestida nuestra Madre Santísima, en premio y recompensa de sus humillaciones? Habiéndosela considerado como nada en la tierra, héla ahí Emperatriz de los Santos, Reina de los Angeles, y Señora del Universo. Hállase sentada en un trono, y ese trono es el más inmediato al trono mismo de Dios; cúbreala un manto, y ese manto es el más rico y precioso; un magnífico dosel la presta sombra, y ese dosel está formado de candidísimas nubes. Los Ángeles inclínanse ante Élla con reverencia; los Santos la invocan con respeto; y es tal la gloria que alcanza, que Élla sola puede gloriarse de reinar, por decirlo así, con los esplendores del mismo Dios. Élla es gloriosa por los honores que alcanzó en la tierra; gloriosa por la gracia que la prodigó su Esposo celestial; y gloriosa por el premio que obtuvo en los cielos.

¡Ah! ¡si yo pudiera contemplar, mis amados hermanos, aquella diadema que ciñe su frente inmortal! Allí yo os haría notar las piedras más preciosas, el granate, la esmeralda, el topacio, el carbunclo, el jaspe, el záfiro, el rubí, la ágata, el amatista, el onyx, el berilo, el crisólito; y os haría admirar el oro profusamente derramado; y los ornamentos, compuestos enteramente de azucenas las más candidas, de rosas las más encendidas y peregrinas.

Empero, ¿pudierais nunca imaginaros el encanto que prestan á esa inmortal diadema aquellas fúlgidas violetas, que, entretejidas con ella, resplandecen á centenares y á millares entre las piedras preciosas, entre el oro y la plata, entre las azucenas y las rosas? ¡Ah! bien persuadido estoy, que reciben de ellas el más sublime ornamento, la gloria más bella, el más preclaro esplendor. La Corona, que fué merecimiento y obra de la mística Violeta, esa es la que le comunica el más solemne decoro, y el encanto más portentoso y divino.

¡Ah! mis queridos hermanos; ¿que es, pues, lo que á nosotros nos impide llegar á la posesion de tal corona? El orgullo, sí, el loco orgullo de nuestro corazón. Hé ahí el mónstruo, que, al paso que trata

de persuadirnos, que nos conduce á la grandeza, nos precipita, por el contrario, en el más profundo abismo de la miseria y de la nada. Hijo el orgullo de aquel rebelde Lucifer, que pretendiendo ser semejante á Dios, hizose príncipe ó tizon del infierno, ¿qué grandeza puede procurar á nuestra alma? ¡Ah! amados oyentes; humillémonos; sólo la humildad puede ser para nosotros fuente de honores; la humildad solamente puede revestirnos de gracia, colmarnos de gloria. Y aunque por ella seamos pobres y desvalidos sobre la tierra, ¡oh! no es posible, no, que deje de ensalzarnos y de colocarnos en lo más sublime de los cielos. Dios lo ha prometido con juramento: Él no mirará con ojos de Padre sinó á aquel que en la pobreza de espíritu guarda con temor sus preceptos, y pasa los dias de su vida sobre la tierra en la humillacion. Siendo Rey de la gloria, se humilló; y como dispensador de la gloria, solo la concede á los humildes. Abramos, pues, nuestros ojos á la luz de la verdad, sirviéndonos de desengaño los ejemplos de María; sepamos comprender ya, que la verdadera grandeza no se consigue sobre la tierra, y que tampoco se alcanza en los cielos, sinó con la posesion de la más profunda humildad.

La humildad, pero una humildad la más sincera y cordial, sea, pues ¡oh Madre nuestra Santísima! la hermosa virtud con la cual vuestra mano revista nuestras almas en esta noche. Indignos de vuestro maternal afecto, harto hemos seguido hasta hoy los senderos del orgullo, la ambicion y la vanidad; mas ya nos pesa haberlo hecho, ¡oh Madre humildísima! y quisiéramos haberos imitado durante toda nuestra vida, siendo tambien nosotros gloriosas violetas del jardin de la Iglesia. Empero, toda vez que, cual insensatos, nos hemos dejado arrastrar por el orgullo de nuestro corazon, dignaos perdonarnos, y alcanzadnos al propio tiempo el perdon de vuestro Hijo Santísimo. ¡Oh! no sucederá más así, Madre nuestra amorosísima! os lo prometemos á Vos, que fuisteis la más humilde de las criaturas. Esta conducta, léjos de rebajarnos, nos proporcionará, por el contrario, la gloria verdadera, la verdadera grandeza. ¡Ah! no nos abandoneis, pues; y como que nosotros somos propensos á la ostentacion por nuestra propia corrompida naturaleza, curad nuestra fragilidad para que, desengañados de una vez, no pensemos más que en buscar, desear y pedir las humillaciones.

DIA DÉCIMO.

LA VERÓNICA,

Ó SEA:

LA FÉ.

Justus ex fide vivit.
El justo vive por la fé.
(Rom. 1, 17.)

Aquella delicadísima flor, mis amados hermanos, que surge majestuosa de troncos nudosos y serpenteantes, cubiertos de un verde oscuro y de un pardo rojizo, que por su figura, sus propiedades y su color, fué llamada Verónica por los griegos, es todavía denominada Verónica entre nosotros. Semejante por su forma á la espiga, dicha flor, tan pronto aparece á nuestras miradas enteramente blanca, como adornada de admirables matices, los cuales, en un punto son de delicado azul, y en otro, de un rojo precioso. La Verónica jamás se muestra avara de sus deliciosos encantos; de manera, que ella compensa los afanes del agricultor, por poco que éste se aplique á cultivarla. Esa flor crece espontáneamente en todas partes, en toda clase de terreno, en todo yermo, bien sea bajo la sombra más triste, en lo más enmarañado de la maleza, y aún allí donde las rocas parecen retardar é impedir su desarrollo. Cuando sirve de ornato en los jardines, ocupa aquellos lugares que, siendo desfavorables para cualquiera otra planta, á no ser por ella, serían condenados al olvido ó á la esterilidad y á la miseria. Conservando su verdor aún en la estación rigurosa, esa flor sólo desaparece á nuestra vista por breves dias del año; de suerte, que así en el verano, como en la primavera y en el otoño, la podeis observar siempre igual, ostentando con generosidad sus numerosas glorias. ¡Ah! con sobrada razon se dió á esa flor el nombre de Verónica, nombre que significa imagen fiel, imagen que no burla nunca nuestra esperanza.